Sobre la vida del escritor (de Diario de un mal año)

J.M. Coetzee

Durante los años en que ejercí como profesor de literatura, guiando a los jóvenes en viajes por los libros que siempre significarían más para mí que para ellos, me animaba diciéndome que en el fondo no era profesor sino novelista. Y, en efecto, fue como novelista y no como profesor como me gané mi modesta reputación.

Pero ahora los críticos entonan un nuevo estribillo. En el fondo, dicen de mí, no es después de todo un novelista, sino un pedante que tiene sus escarceos con la narrativa. Y he llegado a una etapa de la vida en la que empiezo a preguntarme si no tendrán razón, si, durante todo el tiempo en que creía ir por ahí disfrazado, en realidad iba desnudo.

El papel que desempeño hoy en la vida pública es el de una figura distinguida (distinguida por lo que nadie puede recordar muy bien), la clase de persona notable a la que se saca del lugar donde está almacenada y se le quita el polvo para que diga unas pocas palabras en un acontecimiento cultural (la inauguración de una nueva sala en la galería de arte; la entrega de premios en un festival eisteddfod) y luego vuelven a meterla en el armario. Un destino apropiadamente cómico y provinciano para un hombre que medio siglo atrás se sacudió de los pies el polvo de las provincias y entró resueltamente en el gran mundo para practicar *la vie bohème*.

Lo cierto es que jamás he sido bohemio, ni entonces ni ahora. En el fondo siempre he sido partidario de la sobriedad y además un creyente en el orden, en el proceder metódico. Uno de estos días, algún funcionario estatal colgará una medalla en mi hundido pecho y el proceso de mi nueva asimilación por parte de la sociedad se habrá completado. *Homais, c'est moi*.

"Yo no concibo [la inspiración] como un estado de gracia –escribe Gabriel García Márquez–, ni como un soplo divino, sino como una reconciliación con el tema a fuerza de tenacidad y dominio… Uno atiza al tema y el tema lo atiza a uno… Todos los obstáculos se derrumban, todos los conflictos se apartan, y a uno se le ocurren cosas que no había soñado, y entonces no hay nada en la vida mejor que escribir".

Una o dos veces en mi vida he experimentado la elevación del alma a la que se refiere García Márquez. Tal vez tales elevaciones son realmente una recompensa a la tenacidad, aunque yo diría que la expresión "fuego constante" describe mejor la cualidad necesaria. Pero, al margen de cómo la llamemos, ya no la poseo.

Leo la obra de otros autores, leo los pasajes llenos de una densa descripción que con cuidado y esfuerzo han compuesto con el propósito de evocar espectáculos imaginarios ante el ojo interior, y siento que el alma se me cae a los pies. Nunca me he destacado por mi capacidad de evocar la realidad, y ahora me siento con menos ganas aún de acometer tal empresa. Lo cierto es que el mundo visible nunca me ha procurado mucho placer y no siento con demasiada convicción el impulso de recrearlo con palabras.

Un creciente distanciamiento del mundo es, por supuesto, la experiencia de muchos escritores cuando envejecen y se vuelven más serenos o más fríos. La textura de su prosa se diluye, su tratamiento de los personajes y de la acción es más esquemático. El síndrome suele atribuirse a la disminución del poder creador. Sin duda está relacionado con la reducción de las capacidades físicas, y sobre todo la capacidad de desear. No obstante, desde dentro, esa misma evolución puede interpretarse de una manera del todo distinta: como una liberación, tener la mente más despejada para emprender tareas más importantes.

El caso clásico es el de Tolstói. Nadie es más sensible al mundo real que el joven León Tolstói, el Tolstói de Guerra y paz. Después de esa novela, según el consenso crítico, Tolstói cayó en el largo declive del didactismo que culminó en la aridez de los relatos cortos de su última época. Sin embargo, al anciano Tolstói la evolución debió de parecerle muy distinta. Debió de haber sentido que, lejos de declinar, se liberaba de los grilletes que lo habían esclavizado a las apariencias, permitiéndole enfrentarse directamente a la única cuestión que en verdad hacía vibrar su espíritu: cómo vivir.